

“LA BOHÈME” EN EL COLÓN

En la segunda función de gran abono se ofreció “La Bohème” de Giacomo Puccini con dos elementos nuevos para el público de Buenos Aires, bajo la dirección de Héctor Panizza.

Obra predilecta de todos los públicos y particularmente del argentino, que recuerda de esta obra interpretaciones excepcionales, justifican la inclusión casi infaltable en el repertorio de todas las temporadas, su posición histórica en el desarrollo del teatro lírico del siglo pasado, su magistral factura musical en su género y su viva, inagotable vena emocional que tan fielmente se adapta a las infelices e intrascendentes criaturas que canta.

La versión de anoche fue gradualmente consolidándose en homogeneidad hasta llegar a una satisfactoria velada. La indisposición del tenor chileno Carlos Merino, nuevo para el Colón afianzándose después del primer acto, hizo temer una velada deslucida, pero su actuación en los actos sucesivos salvaron con simpatía y desenvoltura el éxito de la función. Aún teniendo bello timbre, buena entonación y una cierta capacidad escénica, esperaremos a juzgarlo cuando, tanto su afección como su emoción se hayan disipado, anticipando desde ya que anteanoche cumplió con valentía su difícil papel.

Isabel Marengo brindó una de las más bellas, líricas y vivas Mimi que recuerde el Colón desde muchos años a hoy. Tiernamente identificada con su personaje y poniendo al servicio de él un caudal de experiencias artísticas valiosísimas, Isabel Marengo ha superado todas sus Mimi anteriores, que ya de por sí equivalían al precio de su fama como cantante. Tuvo todos los matices, todas las intenciones, todas las sugerencias y todas las gamas de sensibilidad que la honda creación pucciniana requiere. Su escuela de canto, enraizada en los más perfectos cánones de la técnica italiana, tuvo momentos de una felicidad insólita en los tiempos que corren, pudiendo ofrecer, gracias a ella, una lección de estética vocal y de idealización lírica.

El barítono Pablo Vidal, nuevo para el Colón, demostró tener un órgano vocal generoso, amor a su parte y condiciones muy loables de cantante. Supo frasear con desenvoltura y matizar con buen gusto.

Giacomo Vaghi cantó su parte con una excelencia, una hondura y una sensibilidad dignas del gran cantante que ha sido y que es; su “Vecchia zimarra” fue de una emoción extraordinaria.

Amanda Cetera compuso una de sus más conseguidas Musetta; estuvo bien de voz; entonada en su peligrosa parte; agradable en la escena y comunicativa en la intención. Renato Cesari muy acertado tanto escénica como vocalmente. Baldrich y Giusti precisos en sus roles. Los coros actuaron con su acostumbrada disciplina. Los decorados, tan líricamente musicales, de Benoit realzaron el espectáculo, así como las luces y la dirección escénica de Gielen.

Héctor Panizza tuvo en sus manos todo el éxito de la función y ofreció una “Bohème” magistral, sea en la compensación del fraseo, sea en el dinamismo, sea en la inteligencia de la construcción, imponiendo al espectáculo un sello de nobleza y de comunicación que mereció los mejores aplausos de la noche.

El público, cordial y comprensivo, aplaudió ampliamente esta función en la cual se evidenció una línea ascensional y un ponderable equilibrio.

Juan Francisco Giacobbe¹

¹ Artículo publicado el domingo 4 de junio de 1944, se presume en el diario “Il mattino d’Italia”, Buenos Aires. (N.d.R.)

TEATRI E CINEMATOGRAFI

"LA BOHEME" EN EL COLON

En la segunda función de gran abono se ofreció "La Bohème" de Giacomo Puccini con dos elementos nuevos para el público de Buenos Aires, bajo la dirección de Héctor Panizza.

Obra predilecta de todos los públicos y particularmente del argentino, que recuerda de esta obra interpretaciones excepcionales, justifican la inclusión casi infaltable en el repertorio de todas las temporadas, su posición histórica en el desarrollo del teatro lírico del siglo pasado, su magistral factura musical en su género y su viva, inagotable vena emocional que tan fielmente se adapta a las infelices e intrascendentes criaturas que canta.

La versión de anoche fué gradualmente consolidándose en homogeneidad hasta llegar a una satisfactoria velada. La indisposición del tenor Chileno Carlos Merino, nuevo para el Colón, afortunadamente después del primer acto, hizo parecer una velada deslucida, pero su actuación en los actos sucesivos salvaron con simpatía y desenvoltura el éxito de la función. Aun teniendo bello timbre, buena entonación y una cierta capacidad escénica, esperamos a juzgarlo cuando, tanto su afección como su emoción, se hayan disipado, anticipando desde ya que anteanoche cumplió con valentía su difícil papel.

Isabel Marengo brindó una de las más bellas, líricas y vivas Mimí que recuerde el Colón desde muchos años a hoy. Tiernamente identificada con su personaje y poniendo al servicio de él un caudal de experiencias artísticas valiosísimas, Isabel Marengo ha superado todas sus Mimí anteriores, que ya de por sí equivalían al precio de su fama como cantante. Tuvo todos los matices, todas las intenciones todas las sugerencias y todas las gamas de sensibilidad que la honda creación pucciniana requiere. Su escuela de canto, enraizada en los más perfectos cánones de la

técnica italiana, tuvo momentos de una felicidad insólita en los tiempos que corren, pudiendo ofrecer, gracias a ella, una lección de estética vocal y de idealización lírica.

El barítono Pablo Vidal, nuevo para el Colón, demostró tener un órgano vocal generoso, amor a su parte y condiciones muy loables de cantante. Supo frasear con desenvoltura y matizar con buen gusto.

Giacomo Vaghi cantó su parte con una excelencia, una hondura y una sensibilidad dignas del gran cantante que ha sido y que es; su "Vecchia zimarra" fué de una emoción extraordinaria.

Amanda Cetera compuso una de sus más conseguidas Musetta; estuvo bien de voz; entonada en su peligrosa parte; agradable en la escena y comunicativa en la intención. Renato Césari muy acertado tanto escénica como vocalmente. Baldrich y Giusti precisos en sus roles. Los coros actuaron con su acostumbrada disciplina. Los decorados, tan líricamente musicales, de Benoit realzaron el espectáculo, así como las luces y la dirección escénica de Gielen.

Héctor Panizza tuvo en sus manos todo el éxito de la función y ofreció una "Bohème" magistral, sea en la compensación del fraseo, sea en el dinamismo, sea en la inteligencia de la construcción, imponiendo al espectáculo un sello de nobleza y de comunicación que mereció los mejores aplausos de la noche.

El público, cordial y comprensivo, aplaudió ampliamente esta función en la cual se evidenció una línea ascensional y un ponderable equilibrio.

Juan F. Giacobbe